

Te espero

Nadie piensa jamás en los muertos que yacieron, o los que huyeron, justo en el mismo suelo que pisa a diario, por ejemplo para ir a trabajar. Nadie piensa que allí mismo se libró una batalla a vida o muerte, que por allí atravesaron los tanques, entre cascotes y algún caballo muerto. Nadie piensa en toda la historia que camina a diario. Quizá porque estamos acostumbrados a esa historia de las grandes fechas y los grandes nombres, como si las batallas durasen un día y los países cambiasen de rumbo de la mañana a la noche. Esa historia que escriben los vencedores y donde cada cual elige los datos que más le favorecen para contar su propio relato. Se justifican revoluciones por el precio del pan o guerras por la muerte de un archiduque cuyo nombre ya nadie recuerda. Muchas veces se nos ocultan simplemente el miedo que sufrieron los soldados que huyeron pensando que las tropas enemigas llegaban a cientos, y no llegaron, quedando la ciudad fantasma. Otras se dejan a un lado las cifras de muertos o de soldados, simplemente porque a nadie le importó quien moría o huía, como si fueran una pieza más del empedrado. Nombres que ni siquiera tienen un lugar de nacimiento y de muerte, como si hasta la burocracia se burlara de su historia.

Quizá en venganza yo conozco de memoria hasta las líneas de los falsos ladrillos de hormigón del viaducto viejo. Sé donde se acumulan las hojas secas y hasta podría intuir el día de la semana por la cantidad de colillas y los restos de cristales de alguna botella de cerveza, último reducto del sábado por la noche. Aunque echo de menos sentir ese frío de antes, sin embargo, el ruido de los tacones, la distancia metódica y el vaho de esos primeros caminantes hace de hilo de continuidad y, por todo eso, sigo cruzándolo a diario a las 7 de la mañana. Aunque ya no necesite madrugar más que el día, me encanta contemplar así cada jornada, cuando no se sabe si será una más, o una que nunca olvidaremos, porque a esa hora son casi todas muy parecidas, cuando como decía mi madre, aun no han puesto las calles.

Antes de dar el viaducto por cruzado, la última mirada es a la tercera valla de la derecha y a su pilar totalmente recto, delación de que fue reconstruido. Creo que es la valla que fue arrancada y cuelga en una de las fotos de 1938. Cruzar el viaducto es levantar la vista y ver el edificio semiderruido desde el que tomó Capa una de sus fotos. Endré, que así se llamaba este húngaro, tuvo que pisar las mismas calles, aunque esquivando cascotes y muertos. Las guerras siempre son muy fotogénicas. En esa foto, los tres

soldados con sus gorros, sus abrigos verdes y sus fusiles ignoran al fotógrafo. La ciudad es suya y sus armas alcanzan hasta donde llega la vista. Ahora sé que el viaducto sobrevivió porque caminar por él era ser hombre muerto, tiro fácil para los tiradores, camino inútil para las tropas. Los ejércitos entraron por el Arrabal, en eso no se diferenciaron ideologías, entre sus calles de tierra, con olor a pis de palancana y humedad, como si la realidad fuera la copia burda de una película. Todas las fotos de las guerras son mentira. Nada se cuenta del número de muertos que dejaron esas bayonetas en la guerra casa por casa, curiosa manera de celebrar la navidad de 1937. Nada se dice de si esos tres soldados fueron los que se negaron a volver, hartos de frío y penurias y fueron fusilados con otros cincuenta hombres, por sus propios compañeros, en Rubielos de Mora, cuando los sublevados recuperaron la ciudad en febrero.

Me asombra, como cuentan las crónicas, que no entraron en la ciudad dando vítores, no hubo celebraciones, ni batallas épicas. Sólo soldados que huían y otros que enfrentaban una ciudad vacía, de muertos y con montones de escombros. “Me cambié de bando en cuanto pude”, resumía mi abuelo sin un ápice de remordimiento o cobardía. No había tampoco justificación. Sólo una frase corta y directa, amable y pausada de quien sabe que los niños, por suerte, tampoco entienden de ideales, no hay que explicarles que lo único importante es estar allí, charlando, jugando, porque es la evidencia de estar vivo. La Heroica sólo existió como el nombre de una división de soldados republicanos que defendió Biescas en inferioridad y tuvo después que huir a Francia. Los franceses les ofrecieron reintegrarse en el bando que desearan, como si la guerra pudiera volver a empezar para ellos, 40 pasaron al bando sublevado y unos 7.000 de nuevo lucharon como defensores de la República. La victoria siempre es fugaz y la mayoría, de esos que otros llamaron héroes, fueron masacrados en el Frente de Aragón.

Las heroicidades solo se sostienen en los libros. Como si fueran cuestión de donde se pone el punto final y donde el punto seguido para no desvelar que la muerte está a la vuelta de la esquina. Lo único que no cambia son los 18 bajo cero de aquel invierno de 1938. Como si la historia residiera en las manos de quienes colocaron los adoquines que todavía pisamos, como si la única manera de comprender fuera sentir ese mismo frío que ahora echo de menos. Ese frío que, como la nieve, no tiene sonido, ni siquiera viento. Solo cala y cala y te deja helados los pies y las manos, te recorta la cara y, sin embargo, es la mejor compañía mientras recorres las calles.

Caminar requiere imaginación, antes de llegar a la plaza de San Juan hay que cruzar la puerta de la muralla. La verdadera puerta de entrada a la ciudad medieval, apiñada más allá de los caminos de ronda, hoy Rondas. Hay que pasar dos plazas: la plaza Goya, tan olvidada como su colegio de monjas y donde estuvo la primera Diputación. En la siguiente, otra plaza, la del Tremedal, que ya no le queda ni la virgen y en veinte pasos se cambia de siglo para llegar a la plaza de San Juan, ya sin hospital de San Juan y tan cuadrada y perfecta como ajena. Como si la modernidad y la identidad fueran una plaza mayor castellana. Mal le sientan los trajes a los labradores.

La nostalgia me hace evitar la calle nueva, como los viejos rechazan las camisas a estrenar que no tienen recuerdos en los bolsillos. La ciudad me ofrece siempre, a través de sus avenidas y plazas, el rostro de un amigo con quien se comparten las penas de las plazas vacías, las sombras de los árboles como pensamientos melancólicos y donde también se tropieza uno, como un borracho que se suelta de una farola, con el paso inevitable del tiempo, duro como un golpe en el suelo y sólo a unos metros del bullicio de las terrazas, exaltación de días felices.

Al volver a Teruel, habituado a los zapatos de suela negra, las ambulancias, como voces interiores, y el reloj como latido enfermizo que obsesiona, esta ciudad me pareció más pequeña pero también más amable. Todas las calles tenían un balcón, al solar de los monotes, trasunto de ciudad a medio construir, pero también incapaz de destruir al mismo tiempo su alrededor, o, al Ovalo, postal de atardeceres tan rojos que también parecían de arcilla y acuarela.

Al principio me sentía doblemente huérfano, de la ciudad donde ansiaba vivir, de la ciudad que había dejado siendo un niño. Poco a poco, como todos, me acostumbré a habitar en ese centro de calles húmedas y caras conocidas. Frente al frenesí de individuos ceñidos por los cilicios de corbatas de la gran urbe, poco a poco, adopté el aire de patio de vecinos, con cuchicheos y fraternidades de esas calles desordenadas y cariadas por edificios olvidados, algunos hundidos por dentro, que me recordaban a la Lisboa que Lobo Antunes describía en sus libros.

Huelo aun en la calle Carrasco las almojábanas recién hechas, premio de mañana cargando con las bolsas de mi madre. No había siempre, no subíamos más que un día a la semana, por lo que, casi era una cuestión de suerte. Estaba en manos del resto de tiendas, del resto de tareas, con la misma irracionalidad que uno nunca sabe cuando se

cruza con alguien que marcará su vida, con esa misma fortuna, yo acababa muchos martes con una de esas esponjas de azúcar y aceite en las manos. Por supuesto, como todo placer está bien delimitado: “ni una más, que no vas a comer”.

Calle Comandante Fortea a la derecha y ya inevitable caer en Ramón y Cajal, prefiero los porches y ya se ve el destino: la plaza del Torico. Nadie piensa que el olvido nos asalta a diario y, sin embargo, así es. Nadie se afana en recordar el sabor del café que ha tomado durante años y poco le importa cuando un día anuncia el dueño que lo va a traspasar. “No fastidies. Bueno, ya verás cómo va bien... ¿Te lo has pensado?”. Y claro que lo ha pensado. Lleva meses sacando cuentas que no cuadran. A las que parece que le dé vueltas en la cama, cuando no puede dormir. Nadie piensa entonces que el olvido nos ha ganado otra batalla. Muchas veces se oculta a los que quedan y los que se van. Parece que a nadie le importa. Con el júbilo con que llegan los cumpleaños, se celebra la apertura de una nueva franquicia, otro bar, pero algo se ha perdido y aun no se han soplado las velas.

Cualquier día a cualquier hora como traidores al olvido nos escuchamos: “sí, estaba allí donde Elipe, bajando por las escaleras de la Gramola”. O “Vive ahí en esa calle donde antes estaba Cuchara de palo”. “Sí, sí, claro que es grande el local, aquí había una mercería”. Nos rebelamos a la desmemoria. Queremos traicionar lo que nos enseñaron para sobrevivir, y evidenciamos que no nos importa mucho en que legislatura nos casamos o los grandes datos macroeconómicos del día de nuestra boda. Como ese Don José de Saramago, encargado de anotar en la Conservaduría del Registro los nombres de quienes fallecen, pero cuyos apellidos nadie recuerda. Nadie puede recordar más allá de que se llama José, Don José. Así anónimos vecinos nos afanamos en seguir contando lo que vimos, que las chucherías nos las vendían una anciana y su hijo, corpulento y con esa manera de abrigarse de quien no se ducha a diario. Cada tarde arrastraban un carro hasta los mismos porches de la plaza del Torico que ahora cruzo. Todos lo saben pero ya casi nadie lo cuenta y ya hemos olvidado sus nombres.

A las siete y pocos minutos, los que se tarda en ir desde el viaducto hasta allí, la antigua plaza del mercado tiene el rostro de una amante sin maquillaje ni excusas. La prueba más dura para el amor es la rutina, que comienza el primer día en que esa casa desconocida e inhóspita pasa a la lista de lugares comunes. El refugio imaginario de las sonrisas y las preguntas formuladas durante meses o días se convierte en algo concreto.

Y ahí cuando la simplicidad desviste a la imaginación, todo cambia. Porque todos nos enamoramos un poco de nuestro propio relato, al menos, hasta que el personaje de nuestra propia historia nos habla. Descubrimos entonces que la descripción de su sonrisa, que esos ojos que nos desmontan, incluso que bajo esas manos que deseamos tocar. Tras todo eso, hay también alguien que odia todo lo que nunca habíamos pensado que pensamos, o, al contrario, alguien que nos enseña a ver un simple árbol o un gato callejero con la fascinación de los ojos de un niño.

Entonces, nos rendimos y nos enamoramos o nos revolvemos y queremos seguir teniendo la razón. Yo me enamoré sin quererlo, como supongo que uno siempre se enamora, de mi compañera. “Sí, mi compañera, la que está sentada justo enfrente cuando entras”, eso me cansé de repetir a mis amigos. Aunque nunca se cuenta todo lo demás. No les conté que le enviaba flores cada semana, con una nota que decía: “Sé que tienes pareja. Nada pretendo. Sólo quiero que sepas que eres la mujer más maravillosa que conozco”. Nunca las firmaba. Me atribulaba tanto que me escuchara, como todo lo que me contaba. Aunque esa misma confianza me hacía sentir un tramposo, porque yo tenía todos los datos: era la mujer más maravillosa del mundo y su novio no lo sabía.

Por eso, ahora, simplemente la espero. Sentado en las escaleras de la fuente, la veo pasar como siempre, puntual, pero apresurada. Ahora que no puede verme, ahora que no puede verme nadie. Deambulo por los parques donde jugaban nuestros hijos, ahora lejos de aquí, y por los caminos que antes recorríamos en días de fiesta. Soy yo quien mueve el columpio que ves vacío, quien deja fuera de sitio los libros que releo, de Marías a Cortázar, y, sobre todo, soy ese hilo de viento que sopla en su cara, ahora que no puedo besarla. Como antes, ahora sigue siendo lo único que me une al mundo, que ya dejé. La espero, con la calma de saber, que soy la suma de pasados, como otros llevan bien prendida mi huella. Eso sí, tu primera sonrisa sigue siendo mía, cuando pasas, bien temprano, por esta fuente y recuerdas, lo sé, la primera vez que te besé. “Nadie escribirá nuestra historia, pero nunca te olvidaré”, me dijiste y eso basta para que te espere.